

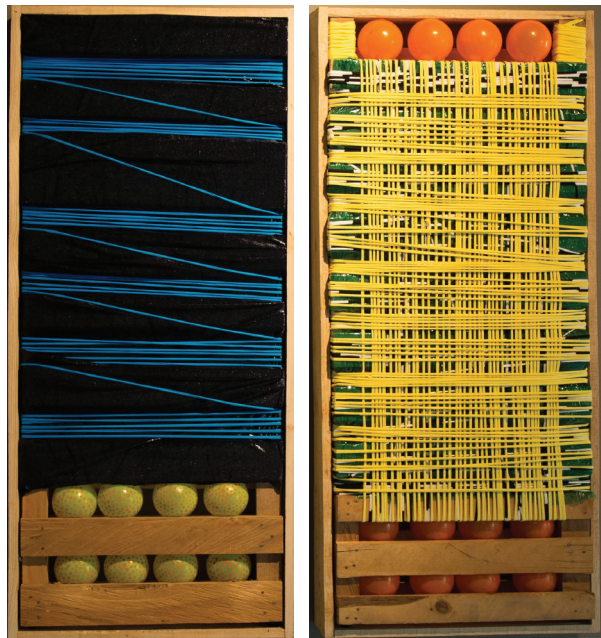
¿Qué innovación no es social?: reflexiones desde Urabá

David Roldán Alzate

Motivaciones

Pensar en innovación es un proceso costoso para buena parte de la población colombiana educada en el siglo xx; según el modelo de repetición de fórmulas, fechas y teorías, pero más asequible en la población del nuevo siglo, educada en el modelo de formación por competencias. Las industrias globalizadas han incorporado, en la política pública de la mayor parte del mundo, a la innovación como medio para lograr desarrollo (económico, sostenible, etc.), y como fin para la felicidad individual. No obstante, esa incorporación tiene varias velocidades: alta velocidad en los centros urbanos con alto flujo de capital y conocimiento, y baja velocidad (o quietud), en las periferias semiurbanas o rurales.

En el presente texto se concibe “lo social”; como el complejo conjunto de temas de interés y de fenómenos de los individuos agrupados en diversas escalas territoriales. Se entiende “lo social” como el espectro amplio en el que convergen el poder político, las instituciones, el arte, la ciencia y la producción, materializando culturas. De este modo, la relación entre innovación y objetivos sociales es indisoluble. Desde un punto de vista metodológico, vale la pena preguntar: ¿es concebible la innovación abstraída de los intereses políticos, artísticos, científicos y económicos? ¿La innovación tiene valor en sí misma, por encima de su impacto en sociedades territorializadas? ¿Es posible la innovación de individuos sin competencias básicas y específicas? ¿Qué valor tendría la innovación sin postura ética? ¿Qué innovación no es social?



Armando Montoya. De la serie *Urbana sensación*. Tripa de pollo, tela, pelotas de plástico, estiba. 100 x 50 cm. 2018

Tiene poco sentido hablar de innovación sin una comprensión panorámica de los problemas sociales estructurales que caracterizan a los territorios, sus formas de producción económica, política y cultural, las perspectivas de cambio (desarrollo), y los intereses materializados por élites en lo local/regional. Es inconcebible, en un país como Colombia, pensar en innovación desde una perspectiva que desconozca la improductividad del campo, a la devastación ambiental, el contrabando, a la corrupción como regla y no como excepción, entre múltiples problemas que se traducen en baja competitividad en mercados, pobreza, desempleo, subempleo, desigualdad social, desastres naturales, entre muchas más consecuencias.

Lo anterior permite postular, como premisa fundamental para la innovación en Colombia, la imposición de una postura ética frente a los problemas sociales y ambientales: si cuando hablamos de innovación estamos hablando de plantear soluciones a problemas por medio de ideas, herramientas y metodologías nuevas, en Colombia debemos pensar en innovación, únicamente, como un proceso posterior a la comprensión sistemática y validada de los problemas estructurales; que impiden el goce efectivo del anhelado desarrollo sostenible. En síntesis, la innovación debe ser concebida éticamente desde su incorporación en el proceso de formación por competencias básicas y específicas de los niños y jóvenes, maestros y padres de familia, ricos y pobres, y sólo debe ser producto de la investigación social y ambiental.

Urabá, la innovación y los desencuentros del desarrollo

Urabá parece vista desde afuera como objeto de deseo para ser intervenida con conocimientos, inversiones y modelos sociales y políticos. Representa actualmente un territorio de la paz, una zona biodiversa por proteger, una región de desarrollo agroindustrial para aprovechar, una cultura por consolidar; una geografía distante de Medellín con el potencial para intervenir con innovación en diversas áreas. Aquí surgen las preguntas sobre el carácter ético de esas intervenciones y el grado de inclusión de las perspectivas de los pobladores arraigados al territorio.

En épocas del Frente Nacional, empresarios agroindustriales con amplios conocimientos de suelos y recursos hídricos encontraron que las tierras bajas entre Apartadó y Carepa tenían el mejor potencial para cultivar banano, una fruta con triste recordación en el Magdalena narrado por García Márquez, pero con enormes rentabilidades económicas en los mercados internacionales. El reto en innova-

ción no era la producción en sí misma, ya ensayada en otras latitudes del país, el reto era hacer rentable el banano, embarcándolo en el golfo de Urabá.

En la década de 1960, los empresarios bananeros no podían esperar las decisiones políticas de construir un puerto internacional. Se tomaron el río León como canal natural de acceso desde Zungo en Carepa hasta el Golfo en Turbo. Con ingenio, montaron la fruta en barcas hasta el mar, donde, desde aquella época, se embarcan toneladas de banano que sostienen la economía de buena parte de Urabá. Los efectos de ese modelo de desarrollo *banano dependiente*, habida cuenta de su aporte a contener la pobreza con los 25 mil empleos formales que genera, son la degradación de las fuentes hídricas y el proceso desordenado y violento de control de las tierras.

Hoy todavía, seis décadas después, la audacia innovadora no ha emergido de la mente de la dirigencia nacional para que Colombia tenga, prontamente, puerto en Urabá. Las ilusiones de cambio económico y social de los nuevos empresarios quedan a medio camino por cuenta de la incapacidad del Estado de garantizar los recursos públicos para que Urabá deje de depender del banano. Los desencuentros del desarrollo se dan por cuenta de la lentitud en la construcción de obras civiles, escuelas, hospitales y caminos y la dotación de servicios públicos que permitan la consolidación del turismo de naturaleza, de cadenas logísticas de comercio internacional y de mercados locales más dinámicos en materia artística y cultural.

El modelo de desarrollo de Urabá es de monocultivo agroindustrial para la exportación. Además del banano, el plátano, el cacao, la palma, la piña y el turismo de mar; mantienen a flote a la región. El comercio y los servicios son el apéndice de la agroindustria. Tal realidad socioeconómica está frágilmente atada a educación y salud de baja calidad, con persistentes

problemas de violencia juvenil y doméstica. Las pestes del narcotráfico, el contrabando y la informalidad laboral; encuentran un óptimo caldo de cultivo en la ineficiencia y corrupción de los gobiernos locales que son incapaces de afrontarlas, o se hacen los de la vista gorda.

Innovar éticamente en Urabá implicaría ejercicios permanentes de sinceridad con respecto al arraigo y la identidad por parte de las élites que controlan el territorio desde los diversos ámbitos sociales. Naturalmente, esto será un proceso de larga duración, y estará amarrado a la creciente aparición de nuevas élites de ciudadanos formados en y para la región. Los dueños de las fincas bananeras que nunca han vivido en Urabá, probablemente tampoco lo harán en el futuro.

Pero los hijos de los empleados bananeros, o de los pequeños productores plataneros o caoteros, que lograron ser profesionales y generan arraigo territorial, ya se están vinculando con proyectos (ahora sí) innovadores para aprovechar el potencial. La ética del arraigo por el bien común, en un ejercicio responsable con un territorio amado en lo ambiental, y con una comunidad cercana que se sienta (con dolor y alegría), en lo político, será el motor de procesos de innovación de largo plazo para una Urabá multicolor.

La U. de A., su papel en la diversidad de Urabá

Las Universidades y algunos empresarios ejecutan esfuerzos aislados por modernizar la estructura económica de Urabá, desde la formación, pasando por la investigación, el desarrollo tecnológico y el emprendimiento. La Universidad de Antioquia estableció la sede Ciencias del Mar en Turbo, donde se forman ecólogos de zonas costeras, oceanógrafos, ingenieros oceanográficos y magísteres y doctores en ciencias del mar. Este espacio, único en el país por su

impacto socioambiental, ha sido el producto de un trabajo denodado de la U. de A., mirando al mar como ningún político lo ha hecho para Antioquia.

Apartadó está viendo llegar la Ciudadela Universitaria como una realidad de la notable expansión urbana. La U. de A. ejerce un papel trascendental en una ciudad intermedia que se enriquece diariamente de expresiones culturales de nuevas generaciones desmotivadas con el agro, pero motivadas con la tecnología, el arte y el deporte. Carepa, en la sede Tulenapa con 190 hectáreas de bosque virgen, tiene un laboratorio vivo para la experimentación agroambiental.

La Universidad también tiene el Parque E de Urabá que, en alianza con Bancolombia, la Cámara de Comercio de Urabá y Augura, emula el proceso vivido con el Parque E de Medellín. En un proceso lento, pero con método, se están incubando emprendimientos basados en productos de investigación o desarrollo tecnológico. Buena parte de la tecnología está asociada a la agroindustria, pero, de forma natural, están emergiendo también empresas de ingeniería oceanográfica y de materiales, de estudiantes y egresados de Urabá. La Universidad no puede estar sola en esta propuesta ética de construcción de conocimiento, de desarrollo tecnológico e innovación.

“Lo social”, en Urabá, no es una pesada carga de violencia, pobreza y atraso. Es latencia de oportunidades, humanización y dignidad hacia un proyecto colectivo de sociedad igualitaria. La meta no debe ser transformar a Urabá; debe ser transformarnos para entender a Urabá y apoyarla.

David Roldán Alzate es docente de Comunicación Social - Periodismo en la Seccional Urabá de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.